

ESE ESPLLENDETE Y ANSIADO OBJETO DEL DESEO

Por Pablo Cortés Gamas

... y así del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.

(Cervantes Saavedra Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, I, 1)

—¿Dónde dice que fue?, ¿en la casita?

—Sí, Tloupadópulos: treinta pasos al oeste desde la entrada, tres pasos al sur y cinco de nuevo al oeste. Allí, como le decía, una vez abierta la puerta-tampa, mis compañeras delegaron en mí el indescriptible honor de ser el que ascendiera.

—Cómo se habrá sentido.

—Imagínese. Y le digo que cuando me vi al borde de la negra boca que escondía ignotos e irreconocibles misterios, supe lo que es estar al borde de la muerte, aunque con la ventaja de no tener razones para temerle.

Comencé entonces el descenso. Y fui Orfeo, fui Enes, fui Dante; fui un minero cualquiera, fui Odiseo...

—¿El Quijote en Montesinos?

—No. Pero sí tuve la oscura intuición de estar siendo objeto y sujeto a la vez (como todo sujeto pasivo) de una iniciación de tradición remota.

Obnubilado en parte, me fui abismando sin perder mi digna apariencia; es probable que con cierta solemnidad. La oscuridad se volvió semipenumbra, y esta circunstancia y mi astigmatismo no colaboraron para que las sombras y los objetos (intercalados orgiásticamente en sus identidades) no se me figurasen antiquísimos

pero ya eternos seres del inframundo y la prehistoria.

Extático por el espanto y la emoción, tanteé estantes y anaqueles. Presumí un laboratorio. Auténticas ratas y arañas se disputaban (o se repartían) con

amabilidad el espacio.

Una vasija totomeca precolombina, un chispero pampeano, una momia egipcia de un niño (o niña) de siete años, una hoz drúidica gala previa a la romanización, un ejemplar de la Biblia rúnica del hereje Ulfilas, un trabuco español del siglo XVII, la cabeza del fémur de un gigante, los restos del nudo de Gordio, una rosa inmarcesible en un crisol, fueron algunas de las cosas que vieron mis manos trémulas.

—¿Y qué más vio? —preguntó Tloupadópulos, jadeante.

—Un inodoro.

—¿Cómo un inodoro?

—Sí. Me guiaron hacia él el azar y su leve fosforescencia. Lo reconocieron a medias mis ojos y mi tacto.

—Pero, ¿qué hacía un inodoro ahí?

—Lo ignoro; pero toda mi vanidad y mi regocijo, todo mi sobrecogimiento de supuesto primerizo (por lo menos entre mis contemporáneos) se desdibujó al instante.

—Pero, ¿cómo sabe Ud. que ese inodoro no era originario de una civilización ya desaparecida; o bien, que eso era realmente un inodoro?

—Sospeché lo primero. Y alimentó esta sospecha el término latino que leí en uno de sus bordes internos: "FERRUM". A pesar de que el artefacto, o el objeto decorativo (ya que como Ud. bien dice no puede haberse tratado de un inodoro) estaba hecho de losa o algo así, esa resonancia romana logró enderezar momentáneamente mi ilusión.

Discurrí sentado en aquello...

—¿En el inodoro?

—O en lo que fuera.

—¿Y no sintió el sentarse allí como una profanación?

-Mire, le aclaro que lo usé a modo de asiento y nada más. Además, el contraste entre mi mansa alegría inicial y mis (por lo menos) dudas era demasiado oneroso para mí. Me senté donde pude.

-¿Y?

-Nada. Decidí volver a la superficie (a aquella de la que era oriundo), para regresar con alguna lumbre. Fue así, que al comenzar a subir las escaleras, adiviné un bulto, tal vez humano, tal vez vivo, que se me acercaba desde lo más oscuro. No había nadie más allí (o eso supongo), así que descuidé las formas sin pudores, aunque silenciosamente, y apuré el paso; cuando de repente me resbalé y caí.

-¿Se lastimó?

-No. Me quedé allí, tirado y supino, pero consciente, perpendicular al primer escalón. Oí una voz que se presentaba. Entre el golpe y mi pánico, que no le ocultó, sólo pude escuchar un segundo nombre de pila: Argentino. También algo vago sobre una mujer llamada Beatriz. Esto último privó para retomar fugaz, infinitesimalmente, el recuerdo de Alighieri. Y desde allí vi inmediatamente, en un rincón no geográfico del hipogeo, y en forma estrictamente superpuesta, la avenida Santa Fe, un atardecer que era todos los atardeceres, el Valle de la Luna, la península de Labrador, la traición de un pueblo a sí mismo (su suicidio), el Mar de los Sargazos, la Conspiración, una embarcación en el Índico empenachada por los fuegos de San Telmo, un amanecer que era todos los amaneceres, un inmenso témpano austral derritiéndose, un patíbulo en Singapur, Fort Knox, un malón ranquel, el asesinato de Lincoln, el Pesebre, un pogrom que era todos los pogroms, un club de rugby en Florencio Varela, los castillos de Kronborg y de Inverness, un bautismo en Tilcara, la Atlántida, el arroyo Maldonado, el almendro que custodia el acceso (en Medio Oriente) al Edén, el tercer anillo de Saturno, y mucho otros lugares y sucesos, varios desconocidos por mí, todos simultáneos, como le dije, todos vistos desde todos los ángulos y en todos sus instantes y fundidos en una sola visión.

-¡Qué experiencia!

-Qué le parece. Y no sé porqué le digo esto, pero estoy seguro de que si alguna vez hubiera leído a Borges (y en particular algunas cosas de Borges) y el canto XXXI del *Paraiso* dantesco, esa visualización a través de ese como diamante cóncavo me habría llevado a determinadas asociaciones que por supuesto hoy me resultan imposibles de hacer.

-¿Y por qué está tan seguro de eso?

-Le repito que no sé. Aunque lo que sí sé es que tengo algunas certezas, no sentimentales, no intuitivas, no racionales, no biológicas, no instintivas, no físicas, y que a veces no me interesa todo lo demás.

-¿Y qué es todo lo demás?

-Literatura

-Bueno, bueno. Pero, ¿y su visión?

-Y... si la cosa se hubiese restringido a una mera simultaneidad espacial, bien hubiera podido pasar por un Aleph.

-¡Cómo un Aleph, Cortés! ¡Usted es un mentiroso!, ¡usted leyó a Borges!

-Oiga, no me insulte. Le dije que no lo leí. ¿Es que Borges habla de un Aleph?

-Obvio. Si tiene un cuento que se titula justamente así.

-¿Cómo?

-*El Aleph*

-Mire, en primer lugar le advierto que "Aleph" es una palabra grave, y no aguda como usted la pronuncia.

-No sé hebreo.

-Yo tampoco. Y en segundo lugar, el hecho de que yo no haya leído a Borges no obsta para que sepa lo que es un Aleph.

-Bueno, está bien. Y, digamos, como para terminar de una vez, ¿qué conclusión saca de todo esto?

-No recuerdo quién lo decía (lo leí en la página de frases famosas de la revista *Caras*), pero vale: *Civitas plena rerum quas nunquam asperimus est*.

*La ciudad está llena de cosas que no hemos mirado nunca.